
Ordenación diaconal
21 de marzo de 2015
Iglesia Catedral de Buenos Aires
Homilía

Queridos amigos: hoy la Iglesia les confiere el ministerio del diaconado para convertirlos en ministros de los misterios de Jesucristo, servidores de su Iglesia. Este oficio de la misericordia no se entiende sino a la luz de la *diaconía del misterio de Jesucristo*, el Buen Samaritano de la humanidad, «quien vino para servir y dar su vida en rescate de todos» (Mc 10,45). El diaconado es sacramento de Cristo, Diácono del Padre y de los hombres, que vino a hacernos el servicio de la salvación.

Recibirán el don del Espíritu Santo otorgado por Jesús para atender a los enfermos, a los pobres y necesitados, con lo cual se vincularán al ministerio mismo de Jesús, «quien pasó haciendo el bien» (Hch 10,38). Desde los primeros tiempos de la Iglesia, se entendió que los hombres que realizan este ministerio «tienen confiada la diaconía de Jesucristo», como lo expresa San Ignacio de Antioquía.

Un antiguo escrito del primer siglo de la Iglesia, define al diácono a la luz del Mesías, Siervo sufriente. Se trata de un pasaje de la *Didaskalia*: «Nuestro Maestro y Salvador no temía en servirnos, como escribió Isaías: “para hacer justicia al justo que otorga buenos servicios a muchos” (Is 53,2). Si el Señor del cielo y de la tierra *nos presta servicio*, soporta y aguanta por todos nosotros, cómo no debemos hacerlo nosotros por nuestros hermanos, para asemejarnos, nosotros que somos sus imitadores y que tenemos *el lugar del Mesías*... Encuentran que está escrito en el Evangelio que él ciñe su cintura con un lienzo, coloca agua en un jarro de purificación mientras estamos reclinados, para aproximarse, y *lavarnos los pies* a todos nosotros y enjuagarlos con el lienzo. Lo hace para

mostrarnos el afecto y el amor por nuestros hermanos y para que nosotros hiciéramos lo mismo. Si Nuestro Señor hizo las cosas de esa manera, ¿tendrán dificultad, ustedes *diáconos*, de hacer lo mismo, ustedes que son los *varones de la verdad*, y que *tienen el ejemplo del Mesías?* (...) *Por ello, diáconos*, es necesario que visiten todos los *indigentes*, y de hacer conocer al Obispo lo que necesitan» (c. 16). A veces, este texto lo enseñamos en una cátedra, pero suena mejor en esta liturgia, cuando la realidad sacramental nos hace gustar más la tradición de la Iglesia.

«El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno» (EG 193), como le sucedió al buen samaritano del Evangelio, que no pasó indiferente ante el semejante en desgracia.

Así como la Iglesia es misionera por naturaleza porque existe para evangelizar, también brota ineludiblemente de esa naturaleza la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve (cfr. EG 180).

De acuerdo con el mandato recibido del Obispo, les competirá evangelizar a los que no creen y catequizar a los creyentes enseñándoles la sagrada doctrina. También podrán dirigir las celebraciones litúrgicas, administrar el bautismo, autorizar y bendecir los matrimonios, llevar el viático a los moribundos y presidir las exequias.

Consagrados por la imposición de las manos –practicada desde el tiempo de los apóstoles–, y estrechamente unidos al altar, cumplirán el ministerio de la caridad en nombre del Obispo o del párroco.

Si se preguntan con el salmista: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?», recuerden que el mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de

nosotros mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo (EN 76).

No sean diáconos de escritorio, ni piensen que la caridad la pueden ejercer de forma virtual. Más bien, espero que vivan un diaconado encarnado, entusiasta, compasivo y con entrañas de misericordia. Hasta el más humilde gesto de misericordia y cercanía con los pobres les hará comprender cuál es la verdadera riqueza de la Iglesia, como la descubrió San Lorenzo mártir.

Esperamos que se comporten como testigos del bien y de la verdad que provienen del Espíritu Santo, a semejanza de aquellos hombres que eligieron los apóstoles para ejercer el ministerio de la caridad. Y para que la alegría del servicio les dure la vida entera, recuerden lo que nos enseñó el Maestro en el banquete de despedida: «Porque, ¿quién es más grande, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está a la mesa? Y sin embargo, yo estoy entre ustedes como el que sirve» (Lc 22,27).

Nuestra Señora de Luján, la Servidora del Señor, los acompañe de cerca en este ministerio que hará presente entre nosotros la caridad de Cristo.

+Mario Aurelio Cardenal Poli
